

Reflexiones Psicológico - Teológicas sobre la Fenomenología Pentecostal

Boaventura Kloppenburg, O.F.M.

Profesor de Teología en el Instituto Pastoral del CELAM

Fué en 1952 cuando por primera vez asistí a un culto pentecostal (no católico) en Río de Janeiro. Por aquel tiempo había yo comenzado a estudiar más directamente la "fenomenología espiritista" en las sesiones de los kardecistas y en los centros de los umbandistas. Los libros católicos que había leído sobre la materia, decían que estos fenómenos, cuando no eran puro fraude y engaño (así el Padre Heredia¹), tenían ciertamente su causa en alguna intervención directa y perceptible del diablo (así el Cardenal Lépiciér²). Los kardecistas³ afirmaban que en sus reuniones bajaban las almas de los muertos que se comunicaban con ellos de varios modos: hablando (también en lenguas desconocidas), escribiendo, animándolos con sus mensajes, orientando sus vidas con consejos, curándolos de sus enfermedades y expulsando los espíritus más atrasados. Los umbandistas⁴, aunque mucho más ruidosamente, con gritos, danzas, canciones y muchas ceremonias, decían recibir no solamente las almas de los fallecidos sino también espíritus buenos y malos de todos los tipos y para todas las finalidades. Los pentecostales, a su vez, más agitados que los kardecistas, pero algo menos ruidosos que los umbandistas, propagaban que entre ellos se manifestaba el mismo Espíritu Santo, inspirando sus oraciones, irrumpiendo en ellos con lenguas desconocidas, comunicando mensajes, expulsando a los demonios y curando a los enfermos. Las sesiones espiritistas, los centros umbandistas y los templos pentecostales se multiplicaban de una manera extraordinaria entre la gente que se decía católica. Eran y siguen siendo el refugio de las masas religiosas, abandonadas de hecho o no suficientemente atendidas por la acción pastoral tradicional de la Iglesia Católica.

¹ C.M. DE HEREDIA, S.J., *As Fraudes Espiritas e os Fenómenos Metapsíquicos*, traducción portuguesa publicada por la Editorial Vozes, Petrópolis, 1953. El original español es de 1930.

² Card. LÉPICIER, O.S.M., *O Mundo Invisível. Uma Exposição católica perante o Espiritismo*. Traducción portuguesa del original francés, publicada por Livraria Tavares Martins, Porto 1951.

³ Sobre este Espiritismo Kardecista publiqué un libro: *O Espiritismo no Brasil*, en la Editorial Vozes, Petrópolis, 2a Edic. en 1964, con 462 páginas, y un amplio estudio desde el punto de vista psicológico.

⁴ Sobre este Espiritismo Umbandista publiqué un libro: *A Umbanda no Brasil*, en la Editora Vozes, Petrópolis 1961, con 263 páginas y muchas fotografías.

Mi intención era investigar estos movimientos desde el punto de vista teológico y pastoral. Pero de pronto me ví en la situación de tener que estudiar con más atención dichos fenómenos partiendo de las ciencias psicológicas. Una necesidad pastoral y teológica me llevó a la Psicología y a lo que llaman hoy Parapsicología (palabra que está gastada por charlatanes y brujos). De hecho mis estudios se quedaron en el campo de la fenomenología espiritista y ocultista, sin jamás entrar directa y propiamente en el de los pentecostales. Pero desde 1952 estuve siempre muy interesado también en la fenomenología pentecostal, y aprovechaba las oportunidades que se me ofrecían para observarla, ya que, desde el punto de vista psicológico, lo que se veía en los cultos pentecostales era muy parecido a lo que acontecía en las sesiones espiritistas.

Si ahora, después de más de veinte años de observaciones, estudios, experiencias y reflexiones, se me autorizara formular una conclusión sobre toda la fenomenología del Espiritismo, yo diría simplemente: no hay fenómenos "espiritistas"; es decir: los fenómenos que ocurren en las sesiones kardecistas o en los centros umbandistas son puramente humanos, causados o producidos única y exclusivamente por los hombre vivos de este mundo y no por las almas o los espíritus del más allá. En otras palabras: no hay "espiritismo"; y lo que así se llama es simplemente un error de interpretación: fenómenos humanos y naturales son interpretados como espiritistas y preternaturales. Hasta diría que no solo no hay tales fenómenos, sino que ni siquiera son posibles. Pero no quiero detenerme ahora en las razones, consideraciones y experiencias que me llevaron a estas conclusiones.

Aplicando estas afirmaciones a la fenomenología pentecostal, parecería lógico deducir que, por ser tan semejante al espiritista, el fenómeno pentecostal tampoco existe y que es imposible; y que todo el Pentecostalismo (protestante o católico) no pasa de ser sino un error de interpretación.

Sin embargo, yo no aceptaría sin más esta conclusión. Pues a pesar de las innegables semejanzas entre una y otra fenomenología, hay entre ellas una diferencia esencial. La razón principal de esta diferencia esencial es muy sencilla y a priori: el Creador y la creatura no son ni siquiera comparables.

Por ser un artículo de nuestra fe cristiana, doy por supuesta la existencia o la realidad de lo que llamamos el "más allá", esto es, el mundo de los espíritus, buenos (ángeles) o malos (demonios) o de las almas de los fallecidos, felices (en el cielo o en el purgatorio) o infelices (en el infierno). Sabiendo bien que el Espíritu Santo es una de las tres Personas Divinas y, como tal, absoluta y totalmente diferente a todos los demás seres del más allá, me tomo, sin embargo, la libertad de imaginarlo en el "mundo de los espíritus" que acabo de indicar.

En nuestras posibles relaciones o comunicaciones con este mundo de los espíritus, debemos distinguir entre comunicaciones *imperceptibles*

(aquellas que de ningún modo pasan por nuestros sentidos ni se manifiestan a nosotros) y *perceptibles* (aquellas que de alguna manera son "sentidas" por nosotros o se hacen manifiestas a nosotros). La fe nos enseña que "la unión de los viadores con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera se interrumpe, antes bien, según la fe constante de la Iglesia, se robustece con la comunicación de los bienes espirituales" (LG 49). Lo que el Credo llama "comunidad de los Santos" o el Concilio Vaticano II denomina "consorcio vital con nuestros hermanos que se hallan en la gloria celeste o que aún están purificándose después de la muerte" (LG 51a), pertenece a lo que aquí se llama "comunicación imperceptible".

Actuaciones Directas Imperceptibles

Respecto a nuestras relaciones con el mundo de los espíritus (buenos y malos) pienso que debemos hablar también de la posibilidad (y realidad) de unas comunicaciones o actuaciones *directas pero imperceptibles*. Es desde luego evidente que, por ser imperceptibles, estas actuaciones no son ni pueden ser objeto de análisis o investigaciones científico experimentales. Y por este motivo también las ciencias psicológicas, en cuanto experimentales, son incompetentes para hacer afirmaciones o negaciones en este campo. Este tipo de actuaciones, que llamo "directas pero imperceptibles", si existen, solo podrán ser conocidas mediante la Revelación propiamente dicha y, como tales, pertenecen exclusivamente a la competencia de la fe y de la teología.

Quisiera subrayar fuertemente la importancia de esta clase de actuaciones en nuestra vida humana, sobre todo en la actual coyuntura secularizante, desmitizante, desacralizante, desmagizante y desmetafisizante en la que vivimos. Como cristianos, hombres instruidos por la Divina Revelación e iluminados por la fe viva y orante de la Iglesia, no podemos racionalizar la realidad total hasta el punto de cosificarla. Pues no toda realidad, ni siquiera la de este mundo perceptible, es cosificable. Y mucho menos la del mundo espiritual o del más allá.

En la última Cena dijo Jesús a Pedro: "¡Simón! ¡Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder de cribaros como el trigo; pero yo he rogado por tí, para que tu fe no desfallezca" (LC 22, 31-32). Tenemos aquí una auténtica revelación, un correr el velo de delante del más allá: Satanás, un espíritu tentador, que no puede hacer lo que quiere, sino que necesita de una autorización divina para poder actuar entre los hombres o sobre ellos, pide (el original griego usa un verbo fuerte: pedir con insistencia) permiso para agitar violentamente ("cribar") a los Apóstoles; Jesús interviene para solicitar en favor de la fe de Pedro una actuación más moderada. Pero en la actuación posterior sobre los Apóstoles, Satanás no aparece, es imperceptible. Es lo que llamo "actuación directa pero imperceptible". En este caso la conocemos por la revela-

ción hecha por Cristo.

En el libro de Job (poco importa si es o no histórico) tenemos una escena muy parecida: Satán pide autorización para probar a Job, un hombre cabal y recto, que temía a Dios y se apartaba del mal. Satán recibe dos veces permisos limitados. Y la vida de Job comienza entonces a ser violentamente agitada por rayos, tempestades, ladrones, enfermedades y por su propia mujer nerviosa. Mas no aparece en todo el libro que Job llegara ni siquiera a sospechar que era víctima de las tramas de Satán. Pues rayos, tempestades, ladrones, enfermedades y mujeres nerviosas son cosas tan naturales que para explicarlas no necesitamos de una intervención de Satán. Sin embargo, la Revelación nos dice que detrás de todo ésto había un Adversario invisible, autorizado por Dios, tramando y obrando: actuación directa pero imperceptible.

Lucas, en 13, 10-17, relata la curación de una mujer que estaba encorvada y no podía en modo alguno enderezarse. Al verla Jesús, la llamó y le dijo: "Mujer, quedas libre de tu enfermedad". Y le impuso las manos. Y al instante la mujer se enderezó. En la discusión posterior con los judíos Jesús aclara que a esta hija de Abrahám "Satanás la tenía atada durante dieciocho años": actuación directa pero imperceptible.

De esta misma manera también los espíritus buenos tienen sobre nosotros actuaciones directas imperceptibles. Pues, "¿no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?" (Hb 1,14). Según la Revelación Divina y la constante fe cristiana, la presencia y la actuación directa pero imperceptible del mundo espiritual no es una cosa puramente accidental, periférica y sin importancia para el hombre. Nuestro consorcio con este mundo es más bien frecuente, cotidiano, constante. Los Angeles y los hombres, decía San Agustín, "tienen entre sí una santa sociedad y son una Ciudad de Dios"⁵.

La actuación de Rafael, "uno de los siete ángeles que están siempre presentes y tienen entrada a la Gloria del Señor" (Tb 12,15), es particularmente ilustrativa. Rafael revela a Tobit: "Cuando tú y Sara hacíais oración, era yo el que presentaba y leía ante la Gloria del Señor el memorial de vuestras peticiones. Y lo mismo hacía cuando enterrabas a los muertos. Cuando te levantabas de la mesa sin tardanza, dejando la comida, para esconder un cadáver, era yo enviado para someterte a prueba. También ahora me ha enviado Dios para curarte a tí y a tu nuera Sara. Yo soy Rafael. . ." (Tb 12, 12-15). En esta revelación de Rafael sobresalen dos elementos: la actuación directa pero siempre oculta o imperceptible (en la mediación de la oración, en la misma prueba, en la curación); y el principio de la mediación: ordinariamente Dios actúa mediante las causas segundas.

⁵ S. AGUSTIN, *De Civ. Dei* 12,9. Sobre esta cuestión cfr. mi artículo "Mirum Angelorum Mysterium", en *Revista Eclesiástica Brasileira*, 1962, pp. 830-849.

A pesar del principio de la mediación o representación, la Revelación nos permite afirmar que Dios (o el Espíritu Santo, por atribución) puede actuar también sobre o en nosotros por este modo directo pero imperceptible.

Pero, por ser imperceptible, la realidad de una determinada actuación de este tipo nunca jamás podrá ser conocida con certeza por nosotros sin especial revelación; y porque en nuestros casos concretos no tenemos ni recibimos esta revelación, tampoco y en ningún caso podemos con certeza afirmar aquella actuación o negarla. La fe nos habla de ella como de una realidad factible. Por eso podemos suponerla como ocurrencia frecuente en nuestra vida. Pero no más. En este campo vale plenamente el axioma teológico: la gracia (o el don divino, o la acción directa pero imperceptible del mundo de los espíritus) supone la naturaleza. En los casos de los que estoy hablando, la acción directa imperceptible de los espíritus (incluyendo, como se dijo, Dios o el Espíritu Santo) y la acción de la naturaleza están tan íntimamente entrelazadas, produciendo el efecto como *causa conjunta* de tal manera que no disponemos de ningún criterio que nos permita decir en qué punto termina la acción de una y comienza la acción de la otra. Cuando, como sacerdote, impongo las manos sobre alguien que tiene una enfermedad funcional (no orgánica) y le doy la bendición sacramental o hasta el mismo sacramento de la unción de los enfermos y constato que el enfermo se ve al instante curado (y afirmo semejantes hechos por mi propia experiencia), sé perfectamente que sobre el enfermo actuaron a la vez dos causas: la sugestión indirecta (pues la imposición de las manos o la unción son en sí excelentes sugestiones indirectas) y la oración o el sacramento ("signo eficaz"). Como psicólogo no puedo negar la eficacia de la sugestión, ni tampoco afirmar que la sugestión actuó con exclusión de la oración o del sacramento; como cristiano no puedo negar la eficacia de la oración o del sacramento, ni tampoco afirmar que la sugestión no intervino en la curación.

La Iglesia nunca reconocerá como milagro la curación de una enfermedad puramente funcional; pero es evidente que la Iglesia tampoco puede declarar que Dios (o sus mediadores del mundo de los espíritus) no es capaz de curar también este tipo de enfermedades. Lo cierto es que, en estos casos, no tenemos criterios para saber si hubo o no una acción directa imperceptible del más allá. Y por eso debemos abstenernos de proclamar tales curaciones como si fuesen causadas exclusivamente por Dios o sus mediadores.

Lo mismo hay que decir de todos los demás casos en que nos parece que estamos delante de efectos que pueden tener lo que he llamado "causa conjunta".

Esté es el motivo por el que, desde los Apóstoles, la oración de los cristianos es también una continua acción de gracias: nuestro Dios es un Dios que está siempre con nosotros. Pero a la vez es "un Dios escon-

dido” (Is 45, 15). Cuando despertó del sueño, después de haber visto la escala, Jacob exclamó: “Yahveh está en este lugar y yo no lo sabía” (Gn 28,16). Sólo Dios sabe cuántas veces se repite en nuestra vida esta escena: Dios está aquí, y... “¡yo no lo sabía!” “La acción de Dios permanece oculta al hombre” (Si 11,14). Job se siente desolado ante esta presencia que él percibe como una ausencia: “Pasa junto a mí, y no lo veo; se desliza, y no lo advierto” (Jb 9,11). Dios “habita en una luz inaccesible, al cual nadie ha visto ni puede ver” (1 Tm 6,16). ¡Ni puede ver! Cuando Moisés manifestó su deseo de ver el rostro de Yahveh, recibió esta respuesta: “Mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y continuar viviendo” (Ex 33,20). Es el duro régimen de la fe.

Actuaciones Perceptibles Espontáneas

La historia de la salvación nos habla también de manifestaciones o actuaciones perceptibles: milagros o signos divinos, inspiraciones proféticas, apariciones, posesiones diabólicas, etc. El mismo Reino de Dios “brilla ante los hombres en la persona, en las obras y en la presencia de Cristo” (LG 5). “El, con su presencia y manifestación, con sus palabras y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino” (DV 4). Cristo “apoyó y confirmó su predicación con milagros para excitar y robustecer la fe de los oyentes” (DH 11a). “Si expulsó los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el reino de Dios ha llegado a vosotros” (Lc 11,20; cf. Mt 12,28). Y a los Apóstoles, cuando los envió por todo el mundo para proclamar el Evangelio, les dijo: “Estas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, tomarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien” (Mc 16, 17-18).

Aquí estamos evidentemente delante de otro tipo de manifestaciones. La actuación del más allá se hace ahora como perceptible. Sentimos la presencia del “dedo de Dios” (cf. Lc 11,20).

Pero también en esta categoría de comunicaciones perceptibles debemos hacer una distinción fundamental: hay que separar las intervenciones *espontáneas de las provocadas*.

Entiendo por intervenciones “provocadas” las que tienen su punto de partida en este nuestro mundo humano y terrestre: es el hombre que toma la iniciativa para comunicarse de modo perceptible con los espíritus o almas del más allá (a esta categoría pertenecen todas las comunicaciones de tipo espiritista, como la nigromancia, la magia negra o la brujería, si es que las hay). De estas comunicaciones provocadas no me ocuparé aquí. Con relación a ellas quiero solamente recordar dos cosas:

primero que son prohibidas por Dios en el Antiguo Testamento (cf. Dt 18,10-14; Ex 22,18; Lv 19,31; 20,6; 20,27, 1R 28,2-25; Is 9,19-20) y en el Nuevo Testamento (cf. Hch 8,9-12; 13,6-12; 16,16-18; 19,11-20; Ga 5,20). También la Iglesia en numerosas declaraciones repitió esta prohibición divina. El Vaticano II⁶ cita varios de estos documentos “contra todas las formas de evocación de los espíritus”. La Comisión Teológica del Vaticano II, al presentar a los Padres Conciliares esta nota, definía más claramente lo que se prohíbe: “La evocación por la que se pretende provocar, por medios humanos, una comunicación perceptible con los espíritus o las almas separadas, con el fin de obtener mensajes u otros tipos de auxilio”. Lo esencial en una comunicación de tipo espiritista es pretender provocar con medios humanos una comunicación perceptible con los espíritus o las almas de los muertos. La segunda observación es ésta: Tres veces, en 1840, 1847 y 1856, la Santa Sede repitió casi el mismo texto, por el que denuncia ciertas pretensiones de los magnetizadores y espiritistas de la época, declarando que “usar medios físicos para fines no naturales” no es solamente ilícito, sino también herético: “In hisce omnibus, quacumque demum utantur arte vel illusionem, cum ordinentur media physica ad effectus non naturales, reperitur deceptio omnino illicita *et haereticalis* et scandalum contra honestatem morum” (Dz 1654). Es decir: no es solamente contra la moral sino también contra la fe cristiana. La práctica en sí de la evocación de tipo espiritista no es sólo un pecado: es también una herejía, un error, no corresponde a la verdad, es una ilusión, es pura fantasía e imaginación. Esta es una de las razones por las que yo afirmaba al principio que las actuaciones perceptibles provocadas (por ejemplo la brujería) no son ni siquiera posibles⁷.

Cuando el punto de partida o la iniciativa de una comunicación perceptible es del mismo mundo de los espíritus, según el código de tránsito de ellos, tendremos lo que entiendo por actuación perceptible “espontánea”.

Pero pongo énfasis en lo que llamo “reglas del tránsito del más allá”. Es cierto que no conocemos la disciplina del mundo de los espíritus. Sin embargo, la Revolución Divina nos hizo saber un poco. La misma prohibición divina de evocar los muertos ya nos dice algo. También la necesidad que tiene Satán en el libro de Job, o Satanás en Lucas 22, 31-32, o los Demonios en Mateo 8, 28-34 de pedir autorización divina para poder actuar, nos hace sospechar que no todo es libre en el más allá. La parábola del rico malo y del pobre Lázaro (Lc

⁶ Cfr. *Lumen Gentium*, nota 2 al n. 49.

⁷ Sobre este tema hice varios estudios: “A Irrealidade da Magia”, en *Revista Eclesiástica Brasileira*, 1961, pp. 343-360; “A Magia Negra Evocativa: Pacto com o Demônio?”, en la revista *Vozes*, 1967, pp. 131-138; “Atuação do Demônio no Espiritismo”, en *Espiritismo no Brasil*, pp. 275-295; “A Crítica do Feitiço do Babalaô”, en *Umbanda no Brasil*, pp. 144-166.

16,19-31) insinúa lo mismo. Abraham informa al rico malo fallecido, ahora entre los tormentos del Hades: "Entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros, no pueden; ni de ahí puedan pasar donde nosotros" (Lc 16,26). Ni siquiera es atendido cuando pide que el difunto Lázaro sea enviado a los cinco hermanos del rico malo, para darles un aviso. La respuesta del cielo es clara: "Si no oyen a Moisés y los profetas, tampoco se convencerán aunque un muerto resucite" (Lc 16,31). "La sorprendente revelación hecha por Rafael a Tobit (cf. Tb 12, 12-15), permite concluir que también los Angeles tienen sus reglas de tránsito.

Pensando más concretamente en la fenomenología pentecostal, que sería del tipo "perceptible pero espontáneo", es necesario insistir una vez más sobre la diferencia esencial y total entre el Creador y la creatura. Y por eso las limitaciones de las cuales acabamos de hablar, evidentemente no valen ni pueden valer para Dios (o el Espíritu Santo), que puede hacer lo que quiere, como quiere, cuando quiere y donde quiere. No podemos hacerle prescripciones ni someterle a las reglas del tránsito del más allá. No olvidemos, sin embargo, que, según la Revelación Divina, parece que Dios normalmente suele actuar en o sobre nosotros a través de sus mediadores o enviados ("ángeles") y no directa e inmediatamente.

Con relación a estas intervenciones perceptibles espontáneas quisiera hacer estas dos observaciones más, que pueden servir como orientación a los actuales grupos carismáticos o pentecostales: por su misma naturaleza (milagro) y su finalidad (signos divinos en un régimen de fe), dichas intervenciones no son frecuentes, ni comunes o cotidianas como las actuaciones directas pero imperceptibles; y, por causa del principio de la mediación, las intervenciones perceptibles inmediatamente divinas (atribuidas al Espíritu Santo) son todavía más raras.

Entre la Incredulidad y la Credulidad

Con lo dicho es evidente que no sólo afirmo la mera posibilidad de comunicaciones perceptibles espontáneas, sino también su realidad. Y porque son perceptibles, serán necesariamente siempre hechos observables. Recientemente un sacerdote parapsicólogo muy conocido en América Latina, con ocasión de la película "El Exorcista", insistió en esta afirmación: "Es un gran error que la Iglesia se siga metiendo en hechos observables de nuestro mundo real, de nuestro mundo concreto de todos los días. A la Iglesia le pertenece lo inobservable". Pido perdón por disentir con él. El milagro, como signo divino, o es un hecho observable, o no es signo. Si negamos el hecho observable, negamos el milagro. Pues un milagro no observable es una contradicción. Confieso que no veo la razón de por qué hoy día curas y teólogos católicos manifiestan tanta ojeriza hacia el milagro. Ni la psicología ni la parapsicología

justifican la negación del milagro. La Biblia y la Teología mucho menos. Precisamente porque la ciencias psicológicas podrían llevarnos a "psicologizar" la totalidad de los fenómenos religiosos, veo la necesidad del milagro como el único signo divino capaz de autentificar la realidad de la misma Revelación Divina. Cuanto mejor conocemos las fuerzas de la naturaleza, tanto más urge la necesidad de un signo divino para nuestro mundo secularizado. No tenemos ningún motivo para retroceder ante las afirmaciones de incredulidad de los racionalistas cientifistas, con su mito de objetividad (que supone que lo objetivable sea sinónimo de la realidad total) y su método cosificante y, como diría Pascal, grosero, incapaz de captar las innumerables dimensiones no objetivables de la realidad. Pues por la naturaleza misma de su método y por su mentalidad, jamás podrán rebasar los límites de lo perceptible, cosificable y objetivable.

Pero tampoco debemos abrir las puertas a la credulidad. Y es en este punto que las ciencias psicológicas podrán ayudarnos. Al aseverar firmemente la posibilidad, o mejor dicho, la realidad, aunque rara, de actuaciones perceptibles espontáneas del más allá en nuestra vida humana terrestre, es necesario insistir con no menor firmeza en este principio: mientras un hecho o fenómeno perceptible puede ser explicado naturalmente, no debemos recurrir a explicaciones preternaturales.

Todos sabemos que en este punto las autoridades de la Iglesia, que son las que deben juzgar sobre la autenticidad de los carismas y milagros (cf. LG 12b), se hacen cada vez más severas. A esta severidad se opone la facilidad con que, en los grupos pentecostales o carismáticos, son afirmados los carismas o las actuaciones directas y perceptibles del Espíritu Santo. Si vamos a creer a lo que nos dicen los que se llaman "carismáticos", semejante actuación sería ahora común y frecuente entre ellos: cuando en sus reuniones alguien "habla en lenguas", es el Espíritu Santo que habla; cuando otro interpreta, es el Espíritu Santo su causa directa; cuando otro improvisa una oración, es el Espíritu Santo quien reza; cuando otro, sonriente y extasiado, levanta sus brazos o se inclina hacia adelante, es acción del Espíritu Santo sobre él; cuando otro llega a tiempo a la oración del grupo, alaba a Dios porque el Espíritu Santo le hizo encontrarse con un taxi; cuando el grupo impuso las manos sobre un enfermo, fué el Espíritu Santo quien lo curó. Y no hablemos de los frecuentes exorcismos. . .

Es aquí donde veo mucha semejanza entre la crédula mentalidad de los espiritistas y la ingenua actitud de los pentecostales. Y las mismas razones que me llevan a afirmar que es natural y exclusivamente humano y de este mundo el fenómeno del "medium" espiritista cuando habla o escribe en lenguas (si es que en verdad se trata de una lengua y no de un puro balbuceo de sonidos incomprensibles), me hacen sospechar también que el tan frecuente "hablar en lenguas" de los carismáticos no pasa de una irrupción balbuciente de su dinamismo incons-

ciente.

Y así podía discurrir paralelamente sobre otros hechos de la fenomenología espiritista, comparándola con la fenomenología pentecostal. La explicación natural del fenómeno será siempre la misma y motivada por las mismas razones.

Para indicar estas razones sería necesario escribir capítulos especiales:

- Sobre el valor del testimonio humano cuando habla de los hechos “maravillosos” acontecidos en las reuniones pentecostales. El pueblo aumenta fantásticamente los acontecimientos más insignificantes. Frente a un hecho sorprendente el testimonio humano muy raramente es fiel, aun cuando la persona sepa que tiene que declarar al respecto: cree ver lo que no vió, recuerda lo que no sucedió, no vió lo que debía ver y se acuerda falsa o inexactamente de aquello en que reparó. Hay ciertos motivos para desconfiar de las afirmaciones de los enfermos que se declaran curados mediante procesos no-ortodoxos, como son los usados por los grupos carismáticos. Es dudoso también el propio testimonio del agente principal (sacerdote, exorcista, curandero) sobre cualquier hecho maravilloso.

- Sobre los fallos de la memoria o los falsos recuerdos o su deformación involuntaria. El poder de la autoilusión es tremendo en el hombre. El deseo y el temor nos llevan a considerar como objetivo todo lo que nos favorece. La ansiedad de una espera y la atención prolongada y fija sobre un mismo objeto producen efectos ilusorios. La opinión preconcebida afecta siempre y de manera profunda la objetividad del juicio humano.

- Sobre las alucinaciones o las percepciones sin objeto, que se imponen irresistiblemente sobre el sujeto y excluyen todo control consciente. La alucinación no es necesariamente síntoma de un estado patológico. Se da a veces la maduración progresiva de un proceso que aflora en forma de alucinación. En la parte más profunda del psiquismo humano hay recursos de expresión, cuya actividad no se manifiesta en la vida cotidiana y cuya súbita aparición, como en momentos de oración intensa, puede hacer pensar en alguna intervención preternatural.

- Sobre la alucinación interna. No consiste precisamente en la ilusión de percibir una realidad presente, sino en el hecho de experimentar representaciones o sentimientos. Son ideas, imágenes y frases mentales, actitudes internas que se imponen al sujeto, aun contra su voluntad, dándole la impresión de ser poseído por una fuerza extraña. El proceso se realiza “en el interior”, “en la cabeza”, “en el corazón”, donde “él” habla, impele, manda hacer o hablar. Es una especie de automatismo mental.

- Sobre la mitomanía o la tendencia de mentir sin saber que está mintiendo. Los mitómanos son víctimas de sus propias confabulaciones, en las que todo es verosímil pero casi nada verdadero. Son dominados

por imágenes internas e incapaces de distinguir las de la realidad externa, y se dejan llevar por estas imágenes con la mayor naturalidad, viviéndolas y encarnándolas en sus gestos, actitudes y acciones. No solamente son tentados de hacer papeles brillantes de santidad, taumaturgia, profecía y misticismo, sino también son capaces de hacer el papel de endemoniados con notable perfección.

- Sobre la interpretación delirante de los paranoicos, que suelen presentarse como víctimas del diablo e inventan las historias más increíbles de hechicería. Son los que buscan con más frecuencia al sacerdote para el exorcismo.

- Sobre las personificaciones o la tendencia que todo estado de conciencia tiene de manifestarse en forma personal distinta del “yo” consciente. Hoy sabemos con indiscutible certeza que en el hombre existe un contenido inconsciente o subconsciente. Cuando por cualquier motivo (y una reunión pentecostal es un excelente motivo) este contenido aflora a la conciencia o se exterioriza mediante automatismos (por ejemplo: hablar:), tiende a manifestarse en forma personal. El “yo” consciente, al ver súbitamente un efecto con contenido inteligente, no se reconoce como el autor ni de los movimientos ni del mensaje. Entonces se forma una nueva síntesis mental, con un “yo” propio y responsable de los efectos que sorprendieron al “yo” común, normal o consciente. En una reunión pentecostal este “yo” será el Espíritu Santo. Este es el fenómeno conocido por personificación o desdoblamiento de la personalidad.

- Sobre el trance, un estado más o menos crepuscular, que ahoga el raciocinio consciente, libera las energías del subconsciente, hace surgir en forma desordenada recuerdos olvidados, facilita la manifestación de las actividades automáticas y de las personificaciones, condicionadas por las creencias, opiniones y convicciones del sujeto y de su ambiente. La sugestión indirecta del ambiente es capaz de producir el estado de trance, que, en un ambiente religioso, recibe también el nombre de “éxtasis”.

- Sobre las curaciones “maravillosas”. Habría que hacer muchas consideraciones sobre el particular. No debemos olvidar los posibles errores del diagnóstico o el diagnóstico incompetente de los que se dedican a los medios no-ortodoxos de curación. Hay que pensar también en las enfermedades ilusorias, en las enfermedades intermitentes y en las enfermedades funcionales. Este capítulo nos llevará a otro, muy importante:

- Sobre la sugestión y sus reflejos condicionados y los varios métodos de “señalizar” una persona. Hoy sabemos que la palabra (o sugestión verbal directa) no es indiferente para el organismo humano y es capaz de provocar alteraciones reales. Los estímulos exclusivamente verbales pueden reemplazar a los estímulos incondicionados o incluso a

los excitantes condicionados. Mediante sugerencias somos capaces de producir efectos que no pueden lograrse por medio de la voluntad. Bajo la acción de la sugestión verbal un estímulo incondicionado fuerte pierde su intensidad y puede ser totalmente neutralizado. Y hay también la sugestión indirecta (por ejemplo, la imposición de las manos), que es más eficiente que la verbal.

- Sobre el posible inconsciente colectivo y sus arquetipos o las herencias que, por nacimiento, hemos recibido de nuestros antepasados, profundamente marcados y condicionados, también ellos, por la cultura y, sobre todo, por la religión. Si queremos creer en lo que nos enseña C.G. Jung y su escuela, estos arquetipos pueden actuar en nosotros de un modo a veces muy sorprendente.

- Sobre lo que llaman ahora la “Parapsicología”, o el estudio de las posibles actividades inmediatas del psiquismo humano. “Inmediatas”, es decir: sin la mediación de los sentidos. Tenemos en este campo principalmente las “percepciones extra-sensoriales” (o “psi-gama”, como dicen también), que según parece, están científicamente comprobadas como reales y que cambian nuestras teorías del conocimiento humano: ya no vale el viejo principio clásico según el cual nada está en el intelecto sin pasar antes por los sentidos. Sabemos ahora que en el ser humano, en la profundidad de su dinamismo inconsciente, hay una capacidad o facultad de conocer, que no parece depender ni de las leyes de la materia (como la ley del inverso de los cuadrados de las distancias), ni de las leyes del espacio, ni de las del tiempo. Hay en el hombre una “semilla de eternidad” (GS 18a), una “semilla divina” (1Jn 3,9).

- Sobre las vías de manifestación del contenido inconsciente y de los conocimientos extra-sensorialmente recibidos: sobre la vía motriz, o de los movimientos automáticos, con un estudio más amplio sobre los automatismos y sobre cómo surgen; sobre la vía de imágenes, internas o externas (generalmente de tipo alucinatorio); sobre la vía onírica o de los sueños. En el contexto de las presentes reflexiones sería particularmente provechoso para el movimiento carismático un estudio más profundo sobre una vía no muy explorada por los psicólogos pero muy importante para los teólogos: la vía de la contemplación para llegar a la sabiduría. Más adelante hablaré algo más de dicha vía.

Reconsideración de la Fenomenología Pentecostal

Todos estos capítulos, debidamente estudiados, pedirían una seria reconsideración de la fenomenología pentecostal o carismática, para frenar sus optimísticas, fáciles y acríticas afirmaciones sobre la frecuente actuación perceptible del Espíritu Santo entre ellos. Tiene razón el P. Edward D.O'Connor, en su obra: *La Renovación Carismática en la Igle-*

*sia Católica*⁸, anunciada como “un estudio completo”, cuando afirma que “no corresponde a la psicología el juzgar de la autenticidad de un carisma” (p. 112). Este juicio no compete ni a la Psicología ni a la Teología, es de la competencia del Magisterio Eclesiástico (cf. LG 12b, AA 3c). Pero los que tienen esta autoridad en la Iglesia, para que puedan dar este juicio, deben “trabajar celosamente con los medios aptos” (LG 25d). Y estos “medios aptos”, cuando se trata de hechos humanos verificables, son también las ciencias psicológicas.

Tomemos como ejemplo el fenómeno de “hablar en lenguas”, que, según O'Connor, es la nota distintiva del movimiento pentecostal” (p. 110), el “más común de los carismas” (p. 110).

El P. Tomás Forrest, dirigente del movimiento carismático en Puerto Rico, indica⁹ los “requisitos para recibir el don de lenguas”. Insiste en que uno debe desear este don, pedirlo y abrirse para recibirlo. “Hago esto empezando a hablar alabando a Dios con el deseo de dejar que el Espíritu mismo decida y formule las palabras”. Insiste también en buscar el apoyo de los hermanos, unirse a ellos, dejarse guiar por ellos, sin temer que le estén engañando. “Una vez que yo digo que creo en este don, y que este don es algo que Dios desea para mí, y una vez que lo he pedido, entonces también debo creer que lo que voy a recibir será el don que estoy buscando. Aunque comience imitando a otra persona, repitiendo una misma sílaba extraña, esa acción es mi forma de demostrar que deseo el don y quiero recibirlo, y lo que recibiré no será cosa de mi imaginación sino el don en sí. Mi temor a ser engañado, demuestra mi falta de fe en el don. Y si comienzo a hablar en lenguas, solamente con unos sonidos básicos y sencillos o algo que parece ser una tontería, al menos he comenzado y el Espíritu está libre para desarrollar su don en mí”

No niego que ésta sea una excelente apertura delante de Dios, sugerida también por Santiago para recibir la sabiduría (St 1,5-7); pero es también la mejor disposición subjetiva para recibir una sugestión, sea indirecta del ambiente, sea directa por las oraciones y sobre todo por la imposición de las manos que el grupo hace sobre una persona tan deseosa de recibir este don. Vi cierta vez una religiosa, con grandes deseos de recibir el “bautismo del Espíritu Santo”, arrodillada en el centro del grupo y todos los participantes le imponían sus manos, cada uno como mejor podía y en la parte que alcanzaba. La religiosa se sentía feliz bajo la suave presión de tantas manos y el incomprensible murmullo de tantas oraciones hechas por ella. Era sin duda una escena de intensa plegaria, pero también de fortísima sugestión. Tal vez demasiado fuerte para ciertas personas muy sugestionables, pudiendo causarles graves daños en su equilibrio psíquico y emocional (y con esto se indica a los

⁸ Traducción española publicada por Lasser Press Mexicana, S.A., México 1973.

⁹ En el No. 7 de la Revista *Alabaré*, Puerto Rico, agos-sept. 1973, pp. 13-14.

dirigentes de los grupos de oración un grave peligro). Si se produce el efecto, es decir: si tal persona en ese momento irrumpe en balbuceos alegres o produce unos "sonidos básicos y sencillos o algo que parece ser una tontería", ¿a quién atribuir la causa? ¿Al Espíritu Santo? ¿A la sugestión? ¿O no estamos aquí delante de lo que al principio he llamado "actuación directa imperceptible", que tiene una causa conjunta? Me inclino hacia esta última hipótesis. Pero, como hemos visto al hablar de esta especie de intervenciones, en estos casos debemos abstenernos de un juicio sobre la eventual causa preternatural.

Otro ejemplo. En el libro citado de O'Connor (p. 63) un sacerdote describe su experiencia de una oración carismática. El orante experimentó una extraña sensación de bienestar que penetró todas las fibras de su ser. Después se entregó completamente a Dios y las lágrimas le brotaron de los ojos. "Pero de pronto sentí que mis manos empezaban a elevarse como sostenidas por una fuerza invisible. No era yo quién las levantaba. . ." "Luego sentí que me inclinaba hacia adelante, hasta tocar el suelo con la frente. En este punto empecé a orar". ¿Dirémos sin más que todo esto es obra directa del Espíritu Santo? Sería desconocer por completo el mecanismo de los automatismos y la fuerza inmanente en el mismo ser humano del dinamismo psíquico inconsciente. Cuando el orante declara que "no era yo quién levantaba las manos", dice la verdad, pero hace una afirmación válida únicamente por su "yo" consciente. Escuché lo mismo de los espiritistas cuando ponen sus manos sobre la mesa danzante: "¡Yo no hago nada!". Pero eso significa simplemente que no hacen nada conscientemente; y sin embargo lo hacen inconscientemente. Lo he comprobado y demostrado cientos de veces.

Hablando de la inspiración, dice Edward O'Connor¹⁰ que "ocurre tan de repente, abrupta e imperiosamente que prácticamente tiene el efecto de un mensaje que viene de afuera". La descripción es excelente y los espiritistas, cuando "psicografían", tienen en su favor el mismo argumento. Pero de hecho se trata de un fenómeno muy conocido en Psicología.

Del Inconsciente a la Sabiduría

Y basta de ejemplos y de críticas. Pero no quisiera terminar sin antes decir al menos alguna palabra más sobre el tantas veces mencionado dinamismo psíquico no consciente o inconsciente del ser humano¹¹, que, creo, puede ser de gran utilidad para nuestros grupos carismáticos de oración.

Este dinamismo inconsciente no es solamente, como pensaba Freud,

¹⁰ En la revista *Alabaré*, No. 7, p.17.

¹¹ Y aquí pido permiso para repetir algo ya publicado en mi ensayo "Las Razones del Corazón", en el libro *Dios. Problemática de la no-creencia en América Latina*, Colección Documentos CELAM, n.17, 1974, pp. 55-65.

un depósito de deseos reprimidos, sino, como opina C.G. Jung, un “sujeto” real y pensante, componente esencial de la vida individual, mucho más rico y amplio que el “sujeto” consciente. En un ensayo titulado: “hacer la verdad en el propio corazón”¹², Gustav Schmalz, psicoterapeuta de Frankfurt, proclama la existencia, en el inconsciente, de una fuerza que él denomina *Waltende*, es decir *Dominante*, o aquel que domina, y que es autónoma y tiene carácter transpersonal. Esta fuerza tiene sus leyes propias y no es muy influenciada desde afuera. Es inmanente al hombre. Es una fuerza luminosa y dirigente que está en lo más profundo del alma. Schmalz (p. 87) propone esta tesis: Fuera de la conciencia, en el fondo oscuro del alma, hay un sujeto que “piensa” o “medita”, influye sobre el consciente y simultáneamente “hace la verdad” con él. Este “sujeto” actúa en nosotros como un “yo” autónomo, con mayor experiencia, capacidad de juzgar y sabiduría que la parte consciente. Su forma de manifestación es generalmente con imágenes simbólicas y pocas veces abstracta. Este Dominante es como un “creator spiritus”, que discierne, liga, coordina, resuelve problemas y planea. Asegura Schmalz que su afirmación es el resultado de la pura experiencia. Los que experimentan en sí este modo de “hacer la verdad” saben que no es el resultado de su actividad o razón consciente, sino que ellos se sienten como dirigidos, como si fuese la obra de otro ser personal.

Sócrates tenía un “genio”, que lo inspiraba¹³; Gandhi obedecía a un “still small voice”¹⁴. El Papa Paulo VI, en su discurso de 17-5-1972, después de citar estos ejemplos de Sócrates y Gandhi, continúa: “Sin recurrir a los ejemplos extraordinarios, cada hombre verdadero tiene, dentro de sí, una fuente propia, intuitiva y normativa; y aquí surge la pregunta: ¿esta voz sería contraria, distinta o coincidente con la de la inspiración sobrenatural del divino Paráclito? Dejamos esta cuestión, que es principalmente un hecho concreto, al análisis de los estudiosos, contentándonos por ahora con notar las interesantes investigaciones que se presentan cuando la teología del Espíritu Santo entra en contacto con la Psicología del hombre”.

Esta importante e interesante pregunta que el Papa Paulo VI dejó sin respuesta, podría quizás, recibir alguna luz a partir de unas afirmaciones del Concilio Vaticano II. En la *Gaudium et Spes* (n. 14b) el Concilio enseña que el ser humano no es una partícula anónima de la naturaleza, pues por su interioridad es superior al universo entero. Y el Concilio continúa: “El hombre retorna a esta profunda interioridad cuando entra dentro de su corazón, donde Dios, escrutador de los cora-

¹² Publicado en la obra *Meditation in Religion und Psychoterapie*, Kindler Taschenbuecher, Muenchen, sin fecha.

¹³ Cfr. PLATON, *Apol.* 29-30.

¹⁴ Cfr. C. FUSIERO, *Gandhi*, p. 511.

zones, le aguarda, y dónde él personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino". "Corazón", aquí, es sinónimo de "profundidad interior" o dinamismo inconsciente. ahí, en las profundidades del ser humano, es donde el Dios trascendente se hace inmanente, Emanuel, "Dios con nosotros"; es también ahí dónde se realiza el misterioso encuentro directo y personal de cada ser humano con Dios; es ahí dónde Dios le espera, *ubi Deus eum exspectat*, dice el mencionado texto conciliar. En el n. 16 el mismo documento habla de "lo más profundo de la conciencia" (*in imo conscientiae*), del núcleo más secreto y del sagrario del hombre, donde él está sólo con Dios, y en cuya intimidad resuena su voz: *nucleus secretissimus atque sacrarium hominis, in quo solus est cum Deo, cuius vox resonat in intimo eius*.

Todo este proceso, tan bella y autorizadamente descrito por el último Concilio Ecu­ménico, hace parte de la propia naturaleza del ser humano, es su grandeza y dignidad. En otro contexto¹⁵ el Concilio hace suyas las palabras de Paulo VI, que se refieren a la "inefable fascinación interior que la voz silenciosa y poderosa del Señor ejerce en las insondables profundidades del alma humana".

Y cuando es un cristiano bautizado, el interior y la profundidad del hombre se tornan todavía más ricos: pues el hombre bautizado se transforma en templo vivo del Espíritu Santo. "Vosotros, en cambio, poseéis la unción que viene del Santo, y conocéis todas las cosas. . . La unción que de El recibisteis perdura en vosotros y no necesitáis que alguien os instruya, porque la unción os enseña todo. . ." (1 Jn 2, 20.27). El bautismo produce en el hombre cristiano una prerrogativa peculiar (*Peculiaris proprietatis*, dice el Vaticano II en LG 12a): el sentido de la fe. Cuando el cristiano recibe la Palabra de Dios, el Espíritu Santo mueve su corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos de la mente y le confiere suavidad y gusto en consentir y creer en la verdad (cf. DV 5).

Según todo esto hay innegablemente en nosotros, sobre todo en los bautizados, una actuación divina, de la que quiero hacer dos observaciones más: primera: insisto otra vez en que esta actuación no se hace en nuestra parte consciente, sino en lo que el Concilio, con C. G. Jung, llama "profunda interioridad", en el "corazón"; segunda: esta actuación pertenece a la categoría que he llamado "directa pero imperceptible", valiendo para ella todo lo que se dijo de este modo de obrar, principalmente sobre la conjunción de la acción de la naturaleza humana con la acción divina, ambas tan íntimamente entrelazadas que pueden ser consideradas como una sola causa conjunta de los efectos que aflorarán en la parte consciente del hombre o del cristiano.

¿Y en qué consiste esta participación humana? Simplemente en la pasividad total de la inteligencia consciente y discursiva, en el silencio interior y en cierto estado de admiración y contemplación "Consérvate

¹⁵ *Presbyterorum Ordinis*, n. 11, nota 66.

en silencio ante Dios y espera en El (Sal 37.7). Ciertos momentos emocionalmente fuertes (con la condición de que no sean frecuentes, para no perder el equilibrio emocional, que es otro aviso importante para los dirigentes de los grupos de oración) podrán ser ocasiones excepcionales para que el contenido inconsciente, acumulado a veces durante largo tiempo, pueda irrumpir y pasar a la parte consciente como si fuese una inesperada iluminación o repentina inspiración.

Es muy difícil y aún imposible determinar hasta qué punto o a qué altura, exactamente, interviene en este proceso la acción del Espíritu Santo. Una vez más hay que repetir que la gracia supone la naturaleza, obra en la naturaleza, completa eventualmente su acción, pero no la sustituye, no la impide, no acostumbra intervenir milagrosamente, perceptiblemente. "El viento sopla donde quiere", dijo Jesús en el famoso diálogo con Nicodemo (Jn 3,8). Por lo tanto no podemos, como explica el Papa en su discurso de 17 5-1972, trazar normas doctrinales y prácticas sobre las intervenciones del Espíritu Santo en la vida de los hombres. El puede manifestarse en formas libres e impensadas. El salta sobre el globo de la tierra (cf. Prov 8,13). La hagiografía nos narra muchas aventuras curiosas y estupendas sobre la santidad. Todo maestro de almas lo sabe. Pero, sigue el Papa, existe una regla, se impone una exigencia ordinaria a quién quiera captar las vibraciones sobrenaturales del Espíritu Santo: la *interioridad*. El lugar establecido para el encuentro con el inefable huésped es el interior del alma. *Dulcis hospes animae*. El hombre bautizado es constituido templo del Espíritu Santo, repite San Pablo. Aunque el hombre moderno, a veces hasta el cristiano, aun consagrado, sienta la tentación de secularizarse, no podrá nunca ni jamás deberá olvidar la interioridad, que es la orientación fundamental de la vida, si ésta quiere conservarse cristiana y animada por el Espíritu Santo. Pentecostés tuvo su novena de recogimiento y de oración. Es necesario el silencio interior para oír la Palabra de Dios, para experimentar y para sentir el llamamiento de Dios, para reconducir nuestros sentimientos y pensamientos a su auténtica fase de inspiración divina.

Pero hay una condición humana más para esta iluminación divina: "Por aquel tiempo Jesús tomó la palabra y dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido" (Mt 11,25-26). El mismo Dios es quién vela (*kryptein*) o revela (*apokalyptein*) sus misterios según la disposición de orgullo o de humildad por parte del hombre. El orgulloso no tiene condiciones humanas para recibir la iluminación divina. Dios y todo lo relacionado con el Reino de Dios no es algo que está a la disposición de una simple investigación por parte de la razón humana. Dios no es un objeto ni es objetivable. Al comportamiento del hombre Dios corresponde o con una revelación o con una velación. Para recibir la iluminación divina es condición esencial el ser "pequeño" humilde y menor, para así abrirse

en respetuoso silencio a Dios y ser inundado por su luz, “que ilumina los ojos de nuestro corazón” (Ef 1,18; Si 17,7). Entonces El hace “brillar la luz en nuestros corazones” (2Cr 4,6).

Y los humildes se reunirán para alabar al Señor.